

DODECAMERÓN, CUENTOS
(A CABALLO) PARA PASAR TODO EL AÑO
ALEJANDRO GARCÍA

Lecciones de literatura con Alejandro García

Víctor Herrera

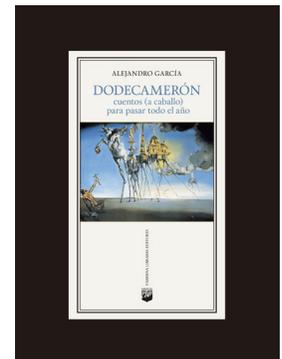
Vértigo

La Conquista fue de una calma cruel.
El primer beso, un instante ubérrimo y letal.
Los paseos llevaron a cabo la segunda parte del asedio.
Al tocarla, no se refundió, también sintió que un rayo lo partía.
La lucha cuerpo a cuerpo fue prolongada y tensa.
En un segundo se precipitaron las ansias de ambos.
Después, la memoria se negó a convertirse en recuerdo,
Se quedó en emoción y vértigo y temblor:
el punto de fuga eterna
y de nostalgia,
de la carne
tremolar.

De inicio, lejos de intentar la titánica y fútil labor de hacer una reminiscencia de los trescientos sesenta y cinco días y cuentos, además del uno más, por si fuera bisiesto el año, en palabras del autor, me enfocaré en hablar de algunas de las temáticas de la obra, quizás de manera muy velada o imparcial, pero antes de polemizar es menester que explique mis ideas, para que los lectores puedan entender la estructura con la que fue ideado este panegírico.

Mas allá de los tiempos de pandemia, para el lector avezado es inevitable percibir el guiño lanzado por Alejandro con el título y estructura de su obra, recordándonos con ello uno de los libros más célebres del humanista italiano Giovanni Boccaccio, el Decamerón, así que, aspirando a emular moldes de la época, por lo menos de manera tosca, he decidido lanzarme dentro de los círculos concéntricos dibujados por estos cuentos, de la mano del salsipuedeño mayor y de algunos de los Virgilio que deambulan en su obra.

El epígrafe con el que he iniciado es parte del Dodecamerón; específicamente se trata del cuento número 140, perteneciente al 19 de mayo. De mi lectura de este pequeño fragmento he decidido rescatar conceptos como los de conquista, calma, instante, asedio, lucha cuerpo a cuerpo, ansias, memoria, recuerdo, emoción, vértigo, temblor, punto de fuga, nostalgia



Alejandro García,
*Dodecamerón, cuentos
(a caballo) para pasar
todo el año*, Taberna
Libraria Editores,
Zacatecas, 2022

y por supuesto el de la *carne*, porque me resultan esenciales para describir cómo se ha ido dando mi relación con Alejandro García en sus distintas presentaciones, que van del docente, al escritor y al amigo. Por lo tanto, me serviré de ellos para desarrollar mis ideas.

Primer círculo: a la sombra del aula

Para este primer circuito es necesario hacer un breve *flashback*: Conocí a Alejandro en el 2006 en la Unidad Académica de Letras, que si mal no recuerdo en aquel tiempo estaba bajo su dirección. Él, al igual que todos los maestros que recibieron a aquella tan peculiar generación de jóvenes inquietos, viejo lobo de talleres y formador en el área, de inmediato mostró empatía ante las curiosidades literarias con las que cada uno de los nosotros de aquel tiempo nos embarcamos en una carrera de cinco años.

Naturalmente, para muchos resolver ser parte de la Unidad Académica de Letras fue una decisión difícil a causa de la incertidumbre propia de la edad y de los estigmas sociales que orbitan las actividades que se enfocan en la formación cultural; es decir, a la supuesta inutilidad del ejercicio literario en un mundo de lo inmediato, de lo monetario:

—¿Todavía lees tus pendejadas? ¿Sigues de huevón y bueno para nada? Fíjate qué suave.

—Leer es una inversión, tío. Por lo menos espero no terminar como usted. Fíjese que leí un libro donde usted aparece. Se llama *Rebelión en la granja*.

—Ni creas que te voy a preguntar de qué trata. A mí háblame de cómo salir de pobre, ponme donde haya. No solo pierdes el tiempo, sino que vienes a hacérmelo perder a mí.

—¿Sigue dedicándose a matar asqueles con matavíboras, tío?

—Nada que a ti te duela, criatura. Yo por lo menos no me hago tonto detrás de los libros. Hay muchas cosas que corregir en el mundo y tú le buscas las chichitas a la «o» y a la «t». Ojalá algún día sientas los calambres de la necesidad.

—En ese libro que le digo los personajes son puros animales.

—Mira qué novedad, si no hay de otros. A mí no me cuentes tus pendejadas. Mejor vente conmigo para que veas cómo se hacen las cosas, hoy vamos a quemar libros en el camellón.¹

Inserto esta referencia como ejemplo del lugar común al que se suelen enfrentar tanto los lectores ordinarios, como los estudiantes de literatura, siendo estos últimos los más vilipendiados en un mundo en el que el se cree que el poder adquisitivo determina la validez del ser humano. A fin de cuentas, quienes nos decidimos por este camino más que hacerlo por representar en sí la oportunidad de insertarnos en ámbitos laborales ostentosos, se convirtió en un modo de vida que ha permitido solventar la existencia y que nos ha exigido formarnos en ámbitos teóricos, que nos ha brindado conocimientos que solo la práctica ofrece, y que de igual manera ha dado la oportunidad de que desarrollen su vena creativa quienes se interesen en ello, claro todo esto sin perder la esencia humanitaria que permea a la actividad literaria y que aprendimos de quienes nos formaron, siendo García Ortega y su visión acerca de la literatura, de su desarrollo regional, nacional e internacional, uno de los que nos ayudaron a entender que:

¹ Alejandro García, *Dodecamerón, cuentos (a caballo) para pasar todo el año*, p. 116.

El hombre no es una máquina que produce y consume, el hombre es, también, un ser que imagina, sueña y construye objetos que tienen como única finalidad la recreación estética, que le permiten responder por el sentido de su existencia. Es parte esencial de su vida. Entonces se puede responder por qué enseñar literatura, porque el hombre tiene dos componentes: el instrumental (para satisfacer sus necesidades vitales) y el *poiético* (para satisfacer sus necesidades estéticas y sustentar el sentido de su existencia). La literatura cubre parte del segundo aspecto. Por lo tanto, preguntar para qué enseñar literatura: para que el hombre se conozca a sí mismo, para que aprenda a vivir en armonía con los otros, para que aprenda a cuestionar, para que aprenda a disfrutar mundos imaginados, etc.²

Me atrevo a utilizar estas dos citas, porque sé que a la sombra del aula muchas generaciones entendieron que estudiar literatura, en contra de la opinión pública, no representaba una pérdida de tiempo y que, al contrario, se erigía como una oportunidad de entender la vida e interpretar el mundo desde otras perspectivas, pero durante el proceso también entenderíamos que no todo es color de rosa.

Segundo círculo: el texto como reflejo del medio

Está de más decir que a lo largo de la historia los textos han funcionado como un medio por el cual se hacen latentes la curiosidad, los intereses o las dudas de las sociedades que las producen, así como que han servido para atestiguar y proyectar situaciones históricas, por lo que es innegable el hecho de que todo tipo de producción literaria está ligada a un contexto histórico y a estructuras sociales, y es con esto con lo que me refiero a que no todo dentro del ámbito literario es color de rosa, debido a que el ejercicio literario no solo sirve para crear experiencias estéticas «agradables» en los lectores, sino que también sirve como una arma de choque, un medio para cuestionar la realidad de una sociedad, sea desde el escaño de quien escribe, como desde el lugar de quien lee y determina asumir posturas activas o mantenerse inmutable respecto a lo que le ha sido presentado:

Le digo a Miranda, jálate para Guadalupe, ahora los cabronazos fueron por Cinco Señores, pero ya nada más quedan los encargados del resguardo. El abogado que mataron era hijo de alguien importante. Habrá algunas detenciones y búsquedas y es probable que eso provoque una reacción de resistencia. Tenemos que regresar y ponernos a la orden. Subimos por la avenida nueva, tomamos la curva y descendemos con ligereza, como si nos deslizáramos en una resbaladera. Es larga la calle, solitaria, aunque a esta hora la recorre alguno que otro vehículo, muy pocos transeúntes.

Cruzamos la otra avenida grande, avanzamos cerca de un kilómetro. Yo manejo, Miranda come su torta de frijoles refritos. El vinagre del chile jalapeño me pica en la nariz. ¿Se te antoja?, me pregunta. No, le digo, me dan agruras. Yo traigo yogur y fruta. Se ríe. Debería limitarme a mi campo visual del camino, pero atrae, sin pedirme permiso, mi atención un intenso color naranja. Soy culón, pero estoy capacitado y condicionado.

² Alfonso Campuzano Cardona, «El paradigma conductista-positivista y la enseñanza de la literatura», en *Competencia lectora y disponibilidad léxica*, p. 39.

Freno, me subo a la banqueta y me detengo. Miranda no se da por enterado. Bajo, rodeo la trompa de la camioneta y me pongo delante de las dos hieleras. Destapo una. Puedo ver las dos cabezas semicubiertas con hielo. Una muestra pómulos y ojos amoratados y uno de ellos deja entrever el blanco del ojo. La cierro. Voy a la otra. Allí se apiñan tres, el hielo casi se ha fundido y los cabellos empiezan a deslizarse y confundirse sin orden. La cierro.

Oigo a Miranda que me interroga con su boca atiborrada de torta que si baja. No, le digo, vámonos. Será mejor que las encuentren otros. Prende el radio, no tardarán en llamarnos. Por lo menos, aún no se escucha el aleteo del helicóptero.³

En contextos como los que vivimos en la actualidad en los que la anomia y la violencia son temas diarios, intervenciones como esta sirven para demarcar la función del texto como un medio por el cual se reproduce una realidad, pero sobre todo del escritor como un mediador entre la punzante existencia y la interpretación de la misma desde otros filones que van más allá de lo efímero explotado por los medios de comunicación o las redes sociales.

Tercer círculo: al margen de la vida

Soy un creyente fiel de que en su existencia los hombres más que ser objeto de casualidades son presas de causalidades: recientemente tuve la oportunidad de caminar una vez más las calles de León, de visitar la zona de la central camionera y dar unos pasos por el mítico barrio del Coecillo. Tal visita detonó un sinnúmero de vivencias que de una manera curiosa he podido compartir con Alejandro: imágenes de lugares, como la Valenciana, o de representaciones artísticas como la del Prometeo encadenado, vecino de Fuensanta. Sentimientos de miedo como el de poder convertirte en presa y trofeo de los contrincantes, o el desasosiego que inunda a las almas por la soledad de la noche siendo surcada por autobuses de paso. Recordé la central de autobuses de León, recordé la central de camiones de Fresnillo, lugar donde lo vi por última vez, antes de estar compartiendo este texto. Lo imaginé también caminando por las calles de mi ciudad, o resguardado dentro de las aulas de la prepa III por las que en algún momento de su carrera deambuló. También se hicieron presentes los olores a fruta y a fritanga del Mercado Hidalgo, así como la peste a orina, licores y bronca de la Casa Verde:

Estaba yo rindiendo un silencioso homenaje al pintor Peralta y un ruidoso y estulto homenaje a Nachito de los Santos, gozante de las maravillas del más allá, ante el inminente cierre de la Casa Verde, sita a unos pasos del hemicycleo, en la innúmera heroica ciudad de Fresnillo, cuando se armó la rebambaramba junto a la sinfonola.

Era una bronca seria entre el camarada que me hacía compañía en la barra y uno de los parroquianos que quería poner por milésima vez «Te hice mal» con Los Temerarios. Es una falta de respeto, puto, es la versión sinfónica, se ve que es un ignorante y le pegaba a mi contertulio en las costillas, mientras el otro intentaba pegarle en el cuerpo. Vete a chingar a tu madre, no vengas a joder más la vida con esa canción. Se pegaban como podían.

³ Alejandro García, *Dodecamerón*, p. 61

Le había madrugado. Había puesto las monedas para que se escuchara «Paloma querida», y algo impidió que siguiera la sucesión de temerarios y entrara la voz magnífica de María de Lourdes con «El día que llegaste a mi vida...». El cantinero hacía lo posible por separarlos, pero eran demasiados moquetes juntos de tal manera que amenazó con llamar a la policía.

Como toda cantina de ciudad que se respete, la policía no tiene por qué venir a enchinchar esos sitios sagrados, así que vinieron dos a detener al temerario y yo me acerqué a amagar al josealfredeño, vía mariadelourdes. Me lo traje a la barra y aunque sabía que era ponerle gasolina al cohete le pedí una doble de tequila blanco, a lo hidalgo, para bajar la muina.

Al otro lo controlaron en la mesa haciéndole coro con la interpretación del temerario. Sabíamos cómo detener algunas goteras de la violencia y de la sabiduría, del llanto y del seguir aquí, el ir y venir del corazón y de las decepciones.

José Alfredo también es Fresnillo, me decía mi camarada, esos chavillos tienen cabida, por qué no, pero para todos hay un momento, que no atiborren, que no se pasen de huevos. Y nada más que se bajen los humos le voy a enseñar humildad a ese cabrón, le voy a enseñar cómo se arreglan las cosas en Fresno. Ojalá traiga limpio su culo, porque va a charpear del miedo de ver la verga parada muy en serio. Y beso la cruz.⁴

En conjunto, la lectura de los cuentos, muy parecido a lo que me sucede con las lecturas de Kerouac, me incita al movimiento, a la búsqueda de la ubicuidad, a la búsqueda de la experimentación, al querer conocer y probar el mundo por todos sus filones.

Para finalizar he de mencionar que en una de sus clases aprendí que los seres humanos somos información, tanto a nivel biológico, como a nivel cultural, y es cierto, ya que reproducimos la información que nuestros antepasados depositan en nosotros y es por ello que me he dado a la tarea de elaborar este texto. Estos tres círculos, aunque pequeños, buscan esbozar una imagen cuando menos ínfima de las experiencias que hemos podido tener quienes de alguna manera hemos estado cerca del docente, del escritor, del amigo, pero más que nada estos renglones tienen como finalidad incitar a los lectores.

El libro *Dodecamerón, cuentos (a caballo) para pasar todo el año*, a pesar de tener un aspecto monumental, pantagruélico, es una obra en la que se reflejan las experiencias del autor, revestidas con un traje discursivo que resulta amigable con los lectores. En resumen, treientos sesenta y seis días, doce meses, doce autores: Miguel Hernández, Ramón López Velarde, Julio Cortázar, T. S. Eliot, David Ojeda, Carlos Pellicer, Ray Bradbury, Juan Rulfo, Carmen Castillo, Mario Vargas Llosa, Malcolm Lowry y Ernesto Sábato, aparte de dar testimonio del conocimiento que Alejandro tiene en el área, son testigos de que ustedes no deben negarse la oportunidad de disfrutar unos buenos episodios de reclamos y quejas, con música, con gorilas, entre cimarrones, colmados de suspiros que exponen las necesidades de los cuerpos en movimiento.

⁴ Alejandro García, *op. cit.* pp. 582-583.